



Hugo Clemente

DOC CARIBBEAN

Memoria viva del monopatín



Colectivo Bruxista



En el otoño de 1975, mientras un país despierta de una pesadilla, un joven se pasea por Nuevos Ministerios en un Seat 133 cargado de material de colores imposibles y plásticos ultradeslizantes como si cargara el cofre del otro lado del arco iris. Hace poco tiempo que el monopatín acaba de llegar a España, pero José Antonio, al que nadie todavía llama Doc Caribbean, ya lleva tiempo patinando y lo sabe todo sobre aquel extraño objeto llegado de California. No tardará en cambiar el utilitario por un pequeño espacio en la calle Columela que con el tiempo se convertirá en Caribbean Shop, la primera tienda dedicada al skate de nuestro país y una de las más longevas del mundo. Ya sea subido a una tabla o detrás de un mostrador, Doc asistirá al desarrollo de una subcultura fundamental y convertirá su tienda en un santuario para todo tipo de tribus urbanas de convivencia improbable, como raperos, pijos y bakalas.

En este ensayo, Hugo Clemente rastrea la trayectoria de Doc y Caribbean para construir una historia oral de la cultura del monopatín en nuestro país. El resultado es una genealogía subcultural patria, pero también un testimonio de la fuerza inextinguible de la pasión. Hoy, Doc sigue patinando. Porque como dijo Jay Adams: «No dejas de patinar cuando te haces viejo, ¿vale?; te haces viejo cuando dejas de patinar».

Hugo Clemente (Salamanca, 1973) ha sido orientador laboral en un programa de metadona, monitor de surf y snowboard, psicólogo social y basurero nocturno. También ha impartido clases de español como lengua extranjera y estudios culturales en Boston College, Boston University, Tufts University y Universidad de Santiago de Compostela.

Ha publicado *Cuaderno de Agua*, de temática surfista, que ha agotado su tercera edición y se ha traducido y publicado en EE.UU. y *Fast*, su segunda novela. También ha sido guionista y productor del documental de surf *The Blinking Island*, galardonado con el Best Documentary Film Award en Procida International Film Festival (Italia).

PVP: 23,90 € | sin IVA: 22,94€

ISBN: 978-84-127811-2-0

Género: No ficción, skate, subculturas

Tamaño: 13,5 x 21 cm

Número de páginas: 248

Puesta a la venta: 15 de abril de 2024



«El libro que tienes en tus manos indaga en la vida de Doc Caribbean, uno de los padres del monopatín en España y fundador de la primera tienda dedicada a los “deportes de deslizamiento” de nuestro país. En él encontrarás las peripecias de un hombre que hizo de su pasión su modo de vida, pero también la historia de lo que es mucho más que un deporte, de un movimiento que conectó regiones, países y continentes».

— CARLOS GALÁN



SKATE · PARK
ARENYS









MADRID SIN TI

Recuerdo perfectamente la primera vez que me subí en un monopatín y sentí la sensación hipnótica que supone el deslizamiento. Me lo habían comprado mis padres tras sufrir por mi parte una presión importante. Era verano de 1979, mi familia y yo estábamos pasando las habituales vacaciones en Zarautz, y yo tenía la edad en que las vacaciones parecen eternas. Días antes había visto bajar una cuesta a un grupo de chicos y esa visión me había impresionado. Desconozco si ya antes mi cerebro había registrado la existencia de ese objeto, pero lo que tengo claro es que esa imagen fue la que hizo clic, primero en mi cerebro y luego en mi corazón. La compra se llevó a cabo en la tienda de la entonces calle Arenal, Gerónimo, la marca que después se transformó en el más que meritorio y admirable imperio Pukas, y que se inventaron María Azpiroz e Iñigo Letamendía, dos auténticos pioneros del surf, el skate y la moda textil asociada a todo este universo.

Ejes ACS 651, ruedas Kryptonics de cuatro colores, y una preciosa tabla de madera laminada que aún me emociona recordar componían ese primer monopatín que me acompañó durante años. No sólo en las cuestas o las primigenias y artesanales rampas; con él hacía recados, iba a casa de los amigos e incluso me servía de apoyo en los pies mientras hacía los deberes: balancearlo de un lado a otro me daba paz y me ayudaba a concentrarme. Después llegarían las primeras revistas, las periódicas visitas al skatepark de San Juan de Luz para disfrutar de los pioneros e interminables días inventando y diseñando trucos. La comunión con el monopatín era ya un hecho. La sensación de libertad que te proporcionaba, de sentir que podías llegar a cualquier sitio y poder constatar que el esfuerzo y la dedicación tenía una recompensa palpable: la evolución personal. O al menos eso percibía en aquellos primeros momentos, cuando lo importante, aparte de patinar, era disfrutar de tus amigos, muchos de los cuales empezaban a compartir mi pasión.

Aunque nací en Madrid, en el glorioso barrio de Chamberí, por circunstancias laborales de mi padre viví la preadolescencia, esa franja de edad tan marcada, fuera de allí. Primero en San Sebastián, en los años de plomo, de crisis y violencia, pero que la mente de un niño obviaba con una lógica sensibilidad selectiva. Lejos de ser consciente de lo que estaba pasando, lo que molaba de ese momento era ver las primeras tablas de surf, como la

de Perico Sánchez Albornoz, un amigo de mi padre, en la playa de Zarautz. Y, por supuesto, las primeras camisetas con bolsillo a la altura del corazón con llamativos estampados en la espalda. También los primeros patinetes, muchos de ellos aún «tuneados» de manera artesanal ante la falta de suministros. Las John Smith antes de que supiéramos qué eran las Converse y películas como *El gran miércoles*, *Skateboard: The movie*, *Go for it!*, y, mi favorita, *Freewheelin*. Toda una explosión de cosas novedosas que te invadía, generándote una cierta ansiedad, sobre todo cuando cruzabas la frontera y veías todo lo que había en esos escaparates de Biarritz, Anglet, Hendaya o San Juan de Luz. Lugares increíbles de los que recuerdo algo así como «flashes» temporales que incluyen el olor de las ruedas Bones, Kryptonics o Santa Cruz y la visión de las preciosas estampas cromáticas de los estantes.

Avatares de la vida y del trabajo de mi padre me llevaron a vivir la explosión de la adolescencia al lugar que creo que era el auténtico contrapunto a San Sebastián: Bienvenidos a Murcia. Años maravillosos en una ciudad que comenzaba a reinventarse hasta ser lo que es hoy, pero que en ese momento daba la impresión de vivir unos años por detrás de lo que había conocido en el norte. Reconozco que me costó mucho la aclimatación al principio. Menos mal que poco después llegó el punk de manera explosiva para iluminar mi vida.

Patinar por la Murcia de los incipientes ochenta suponía asumir el papel de un extraterrestre al que miraban de manera singular, sin entender demasiado bien como funcionaba aquello. Largas sesiones en el Malecón de la ciudad llenaron muchas horas de mi vida, que se vieron beneficiadas con la aparición del Walkman original de espumillas naranjas, de donde surgían los acordes de las canciones de los Ramones, los Pistols, los Damned, los Clash y, por supuesto, Farmacia de Guardia, mi primer *crush* con el punk estatal, y cuyo himno, *Cazadora de cuero*, se convirtió en mi particular banda sonora vital. Un año después llegaron una pareja de hermanos desde Algorta para vivir en Murcia. No sé por qué no recuerdo sus nombres, pero sí que con ellos se vinieron unas tablas preciosas y una colección de revistas americanas que me cambiaron la vida. Construimos rampas abasteciéndonos en expediciones nocturnas a fábricas de madera y organizamos carreras de slalom con botellas a modo de conos. Con ellos pasé el último año en la capital de la huerta y lo disfruté muchísimo, en comunión permanente con el patín. Después nos trasladamos a Alicante, y con ello llegó el abandono del deslizamiento en pos de actividades en ese momento más reconfortantes como



eran las chicas. Aquella tabla Gerónimo acabó debajo de la cama, abandonada y olvidada. Un tiempo después desapareció y tardé mucho tiempo en detectar su ausencia. La que había sido mi compañera de horas y horas se diluyó en alguna de esas mudanzas. Lo que daría por volver a verla.

El caso es que finalmente volví a Madrid y, como continuación a otras publicaciones alternativas que había promovido, se me ocurrió editar un fanzine que se llamaba Subterfuge y que luego, de manera totalmente inconsciente, se convirtió en una compañía discográfica y en el motor de mi vida hasta hoy. Pero esa es otra historia.

Mi primer hijo, Nicolás, nació en 2002. La llegada de los hijos supone una especie de ejercicio de regresión, donde recuperas momentos de tu infancia, sensaciones y emociones de antaño que irremediamente transmites. El éxito en estas transmisiones suele ser bastante escaso, afortunadamente, porque esto sirve para potenciar y reafirmar, de manera sólida, la personalidad de estos. Por eso, una vez cumplió siete años, decidí que era el momento de desempolvar esas sensaciones de antaño y volver a subirme a una tabla. Me habían hablado de las mañanas de los domingos en el parque del Oeste y de un grupo dispar de gente que se reunía para hacer slalom o hacerse unas bajadas por ese memorable Paseo de Camoens. En medio de todo esto destacaba la cabellera blanca y el discurso firme de José Antonio Muñoz-Cuéllar, es decir, de Doc Caribbean. Naturalmente, conocía su leyenda y había estado algunas veces en la tienda de la calle Columela, como espectador, disfrutando de ese escaparate de evocación dickesiana, que paladeabas con la vista.

Y una cosa lleva a la otra, y empecé a visitar de manera periódica la tienda, entablando una sincera amistad con toda la familia, empezando por Doc y Belén —su mujer— y sus hijos Nacho y Borja, con quienes comparto muchas afinidades musicales, lo que nos proporciona buenos ratos de conversación sobre discos y conciertos, además de otra de nuestras grandes pasiones: el Atlético de Madrid. La experiencia de ir a Caribbean siempre se tornaba emocionante, sabías cuándo entrabas, pero no cuándo salías, ni a qué hora, ni con quién, dado que siempre era fácil acabar en alguna barra de bar cercana, compartiendo unas cañas con los muchos amigos que conocí allí, como el mítico «RD» Ricardo Damboronea, a la sazón el primer skater profesional reconocido en España, Javi y Dani Navarro, Oscar y Lucas Nuño, Uriel Seguí, Pablo Ballester, los Vikingos de Vallecas, Sergio Jungle, Jaime Road Rider, Fer y Nat, Pablo Rodríguez, Quique Tavera, Bomber, etc. En esas sesiones de lúpulo y conversación, se planificaban, entre otras cosas, expediciones de fin

de semana a spots maravillosos como el inolvidable skatepark de Móstoles, el lugar que sirvió de inspiración para que exista nuestro orgullo olímpico y reciente campeón del mundo, Danny León. Móstoles, quizás el último gran sitio donde he disfrutado quemando endorfinas y uretano, y que como otros tantos templos, sucumbió a la especulación urbanística.

La tienda Caribbean de la calle Columela era un auténtico templo, con esto no digo que Ayala no lo sea, pero es otra cosa. Columela era un pequeño espacio donde se «respiraba» monopatin por todas las esquinas. Un espacio pequeño, pero totalmente optimizado, que convivía con la leyenda del almacén que existía en la planta de arriba y cuyo paso estaba vetado, lógicamente, a la clientela. Ese almacén, al que sí he podido acceder en la nueva localización, refleja toda una vida. Un lugar enorme, ordenado, muy ordenado, repleto de cajas de zapatos clásicas recicladas y convertidas en contenedores de busings, pegatinas, tuercas, rodamientos, cordones, catálogos, llaveros, zippos, lijas... pequeños contenedores que componen un enorme y fascinante continente.

Campeonatos de slalom, la creación del efímero Madrid Old School Skaters Club, viajes, comidas y actividades varias conformaron, durante años, un diario de bitácora que se generaba y escribía alrededor de Doc y Caribbean. Juan Rayos firmó en 2011 *Conversando con Caribbean*, un maravilloso documental sobre su figura y su historia, al que puedes acceder en las plataformas de streaming, donde desmenuza de manera cercana y coloquial su vida y la intrépida historia desde los orígenes de Caribbean; una marca que no sólo se convirtió en sinónimo de calidad e innovación, actitud y estilo, sino también en un faro de referencia cultural y todo un ejemplo de emprendimiento. José Antonio, el capitán de esta expedición sobre ruedas, transformó su amor por el skateboarding en una empresa que no sólo ha vendido material y productos, sino desde donde también se han narrado innumerables historias vitales de valentía, dedicación y resiliencia. Una más que recomendable pieza audiovisual, que supone un estupendo aperitivo para este manjar que tienes en las manos, el maravilloso libro que ha cocinado a fuego lento Hugo Clemente.

Otro de los proyectos en los que embarqué gracias al empuje de esas jornadas compartidas con Doc y su universo fue *Monopatin*, el documental firmado por Alfredo Prados y Pedro Temboury en el que muy generosamente me invitaron a participar en forma de productor y de lo que me siento especialmente orgulloso, por las muchas satisfacciones recibidas, como fue entablar

una sólida amistad con Alfredo, otro auténtico personaje que es necesario reivindicar, junto a su 40sk8. También reafirmar la que ya existía con Pedro, y por supuesto disfrutar con la emoción incontenida de todos los participantes, en especial de Doc, que se abrió en canal, y nos abrió sus cajas de recuerdos para compartir de manera desprendida y generosa sus álbumes de fotografías, sus cajas de carretes de super-8 y una cantidad ingente de memorabilia atesorada durante años... Todo eso y mucho más sirvió para componer una pieza audiovisual maravillosa, que recrea la historia del monopatín en España, contada de manera oral por algunos de sus protagonistas.

En el libro que tienes en tus manos, Hugo ha explorado e indagado de manera concisa en todos los capítulos de la vida de Doc, descubriéndonos mucho más que el ascenso de un hombre que hizo de su hobby y su pasión una empresa. Clemente nos ilustra sobre la historia, desde sus orígenes y sus raíces, del surgimiento de lo que es mucho más que un deporte, de un movimiento que conectó regiones, países y continentes, tendiendo los siempre necesarios puentes. También nos confirma y reafirma que Doc Caribbean no sólo ha llevado la esencia y filosofía del skate a otros terrenos, sino que también ha propiciado la extensión de sus alas, explorando horizontes más allá de lo convencional, conectando el deporte con la moda, y con lo que ahora conocemos como life style.

Un libro que he visto nacer, crecer y evolucionar hasta convertirse en un maravilloso legajo lleno de emoción, respeto y amor hacia Doc y todo lo que ha surgido desde aquel local inolvidable, en la calle Columela, hasta la ubicación de hoy en Ayala... Una historia que Hugo ha sabido plasmar como si la hubiera vivido en primera persona, y que transmite además una buena carga de «síndrome de Estocolmo», inevitable tras compartir tantas horas al lado de esta leyenda viva, que además dispone, como apreciaréis, de una memoria prodigiosa repleta de matices y detalles que engrandecen la historia a cada momento.

El ciclo de la vida continúa y ahora es con Carlitos, mi hijo pequeño, con el que comparto la pasión por patinar y disfrutar de esas sensaciones que te llenan de vida mientras lo haces y que te emocionan cuando las recuerdas y las compartes. Y nos encanta visitar la tienda de los Muñoz-Cuéllar, donde Doc mantiene todo este *charme* que con los años lo han hecho más cercano, ahora incluso es de lágrima fácil, algo impensable hace años, cuando imponía carácter al trato con los que nos acercábamos a su espacio, donde reinaba y reina para el disfrute de todos, como ese chamán que te guía rozan-

do la espiritualidad, predicando con el ejemplo. Y por supuesto, también nos escapamos al parque del Oeste, donde aún es fácil, con sus setenta años, disfrutar del flow de Doc subido en la tabla, desafiando un circuito de conos o compartiendo sabiduría y teorías con el que las quiera escuchar. Genio y figura, un tipo increíble, que mantiene imperturbable su capacidad para la sorpresa, la admiración en el reconocimiento por el trabajo y el esfuerzo de los demás; y la valoración que expresa sin tapujos, algunas veces incluso de manera ruborizante para el receptor de sus palabras. Por las veces que lo has hecho, por si luego se me olvida, aunque te lo diría mil veces, gracias Doc.

Entender y valorar todo lo que Doc ha hecho y ha aportado a la escena skater y a su querido Madrid es fácil leyendo las páginas siguientes, aunque aún se entendería mejor sin nos planteáramos un ejercicio de ucronía. La RAE define «ucronía» como: «Una narración especulativa acerca de posibles advenimientos que habrían acontecido si los sucesos factuales se hubieran desarrollado de la manera lógica alterna», aunque coloquialmente podríamos expresarlo como un «Qué hubiera pasado si...». Juguemos pues: ¿Y si el padre de Doc no hubiera tenido esos patines que luego heredó para patinar por el Paseo de Carros del Parque del Buen Retiro de Madrid? ¿Qué hubiera pasado si sus padres en vez de enviarle a estudiar a Berkeley, California, en 1973, le hubieran enviado, por ejemplo, a Dublín? ¿Y si la gente de la fábrica Sancheski hubiesen sido unos bordes y no le hubieran enviado el repuesto al monopatín que se le rompió, y que había comprado en la madrileña tienda Deportes Todo? ¿Y qué hubiera pasado si Cimarra Sport, la tienda de Claudio Coello, no le hubiera hecho ese hueco, que luego se convirtió en la tienda de Columela cuando cerraron en 1975? Variables que, de haberse dado, nos hubieran privado de conocer y convivir con alguien al que ya muchas generaciones le debemos mucho. ¿Que casi todo lo que conocemos hubiera existido aun así? Seguramente, pero también tengo claro que nada hubiera sido lo mismo. Parfraseando a mis amados Niña Polaca, querido Doc, «Madrid sin ti, no hubiera sido tan Madrid».que se abrió en canal, y nos abrió sus cajas de recuerdos para compartir de manera desprendida y generosa sus álbumes de fotografías, sus cajas de carretes de super-8 y una cantidad ingente de memorabilia atesorada durante años... Todo eso y mucho más sirvió para componer una pieza audiovisual maravillosa, que recrea la historia del monopatín en España, contada de manera oral por algunos de sus protagonistas.

En el libro que tienes en tus manos, Hugo ha explorado e indagado de manera concisa en todos los capítulos de la vida de Doc, descubriéndonos mucho

más que el ascenso de un hombre que hizo de su hobby y su pasión una empresa. Clemente nos ilustra sobre la historia, desde sus orígenes y sus raíces, del surgimiento de lo que es mucho más que un deporte, de un movimiento que conectó regiones, países y continentes, tendiendo los siempre necesarios puentes. También nos confirma y reafirma que Doc Caribbean no sólo ha llevado la esencia y filosofía del skate a otros terrenos, sino que también ha propiciado la extensión de sus alas, explorando horizontes más allá de lo convencional, conectando el deporte con la moda, y con lo que ahora conocemos como *life style*.

Un libro que he visto nacer, crecer y evolucionar hasta convertirse en un maravilloso legajo lleno de emoción, respeto y amor hacia Doc y todo lo que ha surgido desde aquel local inolvidable, en la calle Columela, hasta la ubicación de hoy en Ayala... Una historia que Hugo ha sabido plasmar como si la hubiera vivido en primera persona, y que transmite además una buena carga de «síndrome de Estocolmo», inevitable tras compartir tantas horas al lado de esta leyenda viva, que además dispone, como apreciaréis, de una memoria prodigiosa repleta de matices y detalles que engrandecen la historia a cada momento.

El ciclo de la vida continúa y ahora es con Carlitos, mi hijo pequeño, con el que comparto la pasión por patinar y disfrutar de esas sensaciones que te llenan de vida mientras lo haces y que te emocionan cuando las recuerdas y las compartes. Y nos encanta visitar la tienda de los Muñoz-Cuéllar, donde Doc mantiene todo este charme que con los años lo han hecho más cercano, ahora incluso es de lágrima fácil, algo impensable hace años, cuando imponía carácter al trato con los que nos acercábamos a su espacio, donde reinaba y reina para el disfrute de todos, como ese chamán que te guía rozando la espiritualidad, predicando con el ejemplo. Y por supuesto, también nos escapamos al parque del Oeste, donde aún es fácil, con sus setenta años, disfrutar del flow de Doc subido en la tabla, desafiando un circuito de conos o compartiendo sabiduría y teorías con el que las quiera escuchar. Genio y figura, un tipo increíble, que mantiene imperturbable su capacidad para la sorpresa, la admiración en el reconocimiento por el trabajo y el esfuerzo de los demás; y la valoración que expresa sin tapujos, algunas veces incluso de manera ruborizante para el receptor de sus palabras. Por las veces que lo has hecho, por si luego se me olvida, aunque te lo diría mil veces, gracias Doc.

Entender y valorar todo lo que Doc ha hecho y ha aportado a la escena skater y a su querido Madrid es fácil leyendo las páginas siguientes, aunque aún

se entendería mejor si nos planteáramos un ejercicio de ucronía. La RAE define «ucronía» como: «Una narración especulativa acerca de posibles advenimientos que habrían acontecido si los sucesos factuales se hubieran desarrollado de la manera lógica alterna», aunque coloquialmente podríamos expresarlo como un «Qué hubiera pasado si...». Juguemos pues: ¿Y si el padre de Doc no hubiera tenido esos patines que luego heredó para patinar por el Paseo de Carros del Parque del Buen Retiro de Madrid? ¿Qué hubiera pasado si sus padres en vez de enviarle a estudiar a Berkeley, California, en 1973, le hubieran enviado, por ejemplo, a Dublín? ¿Y si la gente de la fábrica Sancheski hubiesen sido unos bordes y no le hubieran enviado el repuesto al monopatín que se le rompió, y que había comprado en la madrileña tienda Deportes Todo? ¿Y qué hubiera pasado si Cimarra Sport, la tienda de Claudio Coello, no le hubiera hecho ese hueco, que luego se convirtió en la tienda de Columela cuando cerraron en 1975? Variables que, de haberse dado, nos hubieran privado de conocer y convivir con alguien al que ya muchas generaciones le debemos mucho. ¿Que casi todo lo que conocemos hubiera existido aun así? Seguramente, pero también tengo claro que nada hubiera sido lo mismo. Parafraseando a mis amados Niña Polaca, querido Doc, «Madrid sin ti, no hubiera sido tan Madrid».



Colectivo Bruxista[®]

Editorial